

# 23 de marzo

*Juan Fernando Jaramillo\**

23 de marzo de 2008

Riaño, Castilla y León.  
España.

¡Qué fuerte es encontrarme otra vez con un 23 de marzo! ¡Maldito sea él!

Cada año sueño inútilmente con que mi existencia evada esa fecha, quedarme dormida desde el 22 hasta el inicio fortuito del 24. Estúpidos y malditos pensamientos los que, aun siendo una anciana incapaz, tengo. Pero no importa. Cuando llegas a cierta edad, las personas comienzan a ser tan indulgentes contigo que te sientes culpable de respirar. Y, bueno, yo pasé esa edad hace ya muchos inviernos.

Debo comenzar diciendo que me sorprende que mis débiles dedos aún recuerden cómo escribir, cómo tomar un lápiz. Pero, pensándolo me-

---

\* Estudiante de primer semestre de Estudios Literarios de la Universidad Pontificia Bolivariana.  
Correo electrónico: [juanfer.jaramillo@alfa.upb.edu.co](mailto:juanfer.jaramillo@alfa.upb.edu.co)

Artículo recibido el 28 de agosto de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.

jor, admito que hace años no encontraba una razón para hacerlo. Y ahora es momento de contarte la verdad. He entendido que no puedo dar más vueltas, no puedo esperar más: no sé cuánto tiempo tenga por delante, pero no debe ser mucho.

Nunca había decidido escribir. Escribirte. Quizá porque no tengo una dirección a donde enviar lo que resulte en mis papeles. Quizá porque creo que nadie estaría interesado en leerlo. Quizá porque, hasta hoy, jamás saliste de mi mente; por lo que no hubo razón para buscarte afuera.

Tu nombre aún suena en mis oídos como el día en que lo escuché por primera vez, en ese viejo hostel de la avenida Valcayo. Son momentos tan serenos e inmutables, que jamás han cambiado. Quizá no recuerde qué ocurrió hace tres días, ni hace una semana; pero nunca podría olvidar el jersey negro y la camisa blanca (con restos de una gota de café que se había negado a quedarse en tu taza) que traías esa tarde. Recuerdo cómo me abordaste al cruzar la calle: tan misterioso, tan peligroso... tan excitante. Me reprendí a mí misma de solo pensarlo. La guerra estaba terminando, y los pensamientos de todos seguían sumidos en la miseria. No era correcto que una señorita se fijase en un chaval tan descarriado. Hace poco, según mi doctor, me fracturé un par de dedos; yo no me di cuenta. Supongo que en aquellos días, sin que nadie lo advirtiera, ni siquiera yo, sufrí una fractura en mi discernimiento.

Mis padres jamás permitieron que su adorada hija se viese con tremendo rebelde. Supongo que el problema era tu oposición a los pensamientos de mi padre (o a los de las autoridades, o a los de la Iglesia, o a los de cualquier otra criatura). Maldito sea él. Pero eso era lo que te hacía perfecto. ¡Maldita sea yo!

Nunca nada fue impedimento para suplir mi patosa necesidad de verte. Salir por la ventana de la habitación de mis padres era nuestro escape favorito. Viéndolo en retrospectiva... ¿Qué coño pasaba por nuestras mentes pueriles tan faltas de nada?

Aún puedo sentir el olor de tus cigarros sin filtro en mis pantaletas, en mis faldas, en mis blusas y en mis labios. Sólo imaginaba escapar juntos. Salir de este pueblo, que se ha convertido en el cementerio de muchos. Y no dudo que yo sea la próxima.

Riaño siempre ha sido aburrido. Lleno de turistas y extranjeros extasiados por la cordillera Cantábrica y los Picos de Europa. Nuestro pueblo, en el que te amé y te viví, ya no existe. Fue inundado en el '87 para construir un embalse. Más turistas, más gentuza indeseable, más bullicio. Todos mis recuerdos palpables fueron devorados por las aguas frías: sentí morir cuando nuestra calle oscura desapareció frente a mis ojos. Nadie entendía por qué lloraba esta vieja tonta.

Tenía diecinueve años, estaba enamorada, era joven, quería vivir.

Después de ti nunca me enamoré otra vez, jamás volví a ser joven... no digo que no tuviera razones para vivir; de hecho tenía una: esperar.

Escapar, verte, fumar, correr, entrar por las ventanas de la iglesia y hacer el amor en la banca en la que papá solía sentarse. Aún siento que arden mis mejillas de sólo pensarlo.

Habían pasado noventa y tres días desde que te había conocido, cuando llegó el 23 de marzo. Añorado 1945. Sólo pensar en esos números, en ese mes; hace que se me revuelvan las entrañas. Llegaste al parque a las ocho menos cuarto según el reloj: cuarenta y cinco minutos tarde. No importaba, yo respiraba sólo por verte otra vez, eras mi purgatorio (aunque solía pensar que eras una de las puertas del paraíso). Tu cabello marrón lucía más desrreglado que de costumbre, qué maravilloso. No podía pensar más que en ti. Sabía que era amor, aunque no tenía muy claro su significado. Ese se lo otorgué con el pasar de los años. Tus palabras parecen tatuadas en mi cabeza.

—Necesito que regreses a tu casa. Alista una maleta pequeña. Lo esencial.

No recuerdo muy bien, pero supongo que no pude decir nada. Aún hoy, no sé qué decir.

—Sé que no es coherente. Pero, ¿confías en mí?

Sólo pude asentir con la cabeza. Me visioné toda una vida junto a ti. Rodando con el viento. Apagando luces secretas y entrando a una habitación llena de cuchillos; para cortar ataduras, miedos y demonios personales. Todo desde cero. Pero el cero era yo.

—Estaré en tu casa en 2 horas. No tengas miedo, grita si quieres. Es fácil.

Me besaste. Tus labios se quedaron hasta mucho después. Cruzaste el oscuro parque sin darte la vuelta ni una vez, como solías hacer. Yo no podía moverme (y gracias a Dios). Con tu ‘grita si quieres’ hacías referencia al miedo, ¿verdad? Pues cuando habían pasado un par de segundos te escuché gritar. Fue ahogado y desesperado. Tenías miedo. Yo no. El cero eras tú. El cero éramos los dos.

Llegué a mi casa entusiasmada. Jamás volvería a ver a mi padre, a la inepta de mamá, a esa casa que tanto odiaba. Empaqué mis maletas muy excitada y con un sentimiento de anticipación que me apretaba el vientre. Fue ahí cuando me percaté de que habías dejado olvidado tu libro de ‘Cantaclaro’, te lo entregaría esa misma noche, junto con mi alma.

Diez en punto. Mi corazón saltaba y se retorció. Si mis padres se enteraban, te matarían.

Diez y diez. De seguro también me matarían a mí.

Diez y cuarto. Esperaba que tuviéramos una tumba para los dos.

Once. Media noche. Una de la mañana.

Parecía que después de todo sería a ti a quien no volvería a ver.

De hecho: jamás volví a verte. Pero eso ya lo sabes: nunca regresaste por mí.

Tu libro sigue esperándote en mi buró. Ahí, junto a mi alma.

Darí mis sentidos, mi vida, mi alma, mi todo; sólo por verte una vez más. Sólo un instante. Volver a vivir en tus ojos azules. Renacer en uno de tus cigarrillos, y que me fumes rápido y sin compasión. Retorcerme en tus palabras, en tus libros, en ti. Un día más. Una oportunidad para ver tu arrugada cara por los años pasados. En realidad nada me asegura que aún estés vivo. ¿Cuánto llevas muerto? ¿En qué cementerio estás? O, ¿Dónde vives? ¿Con quién? ¿Te ama como yo?

¿Por qué no regresaste por mí?

Siempre caminé despacio por la vida, con la esperanza de que tú me alcanzaras. Pero me alcanzó la vida, la muerte, la vejez, la cordura. ¿Por qué no regresaste por mí?

Esperé cada segundo, cada hora, cada semana, cada año, cada década... Toda mi vida. ¿Por qué no regresaste por mí?

Yo me casé, naturalmente. Nunca lo amé. Nunca vi nada de ti en él. Creo que llegué a odiarlo. Luego aprendí a esperar... a esperarte. Incluso hoy sigo mirando por mi ventana, esperando reconocer tus ojos azules entre la multitud.

Hoy se cumplen exactamente sesenta y tres años desde que te vi por última vez. Dos horas se convirtieron en sesenta y tres años. Mi ahora no tiene edad. Me sorprende sobremanera que una persona pueda vivir tantos inviernos. Los míos son ya 82. ¿Quién iba a pensarlo? Decían que no pasaría de los 20, pero aquí estoy; aunque no sé por cuánto tiempo más.

Con amor.  
Siempre tuya.